

por los trajes de éste, los viejos que traían. Como uno de los asaltantes hubiera alcanzado poco en el reparto, suplicó al robado, con muy buenos modos, que le regalara un sombrero de pelo que le habían dejado; el otro se negó, y entonces el malhechor aquel se vió precisado á arrebatarse á fuerza la prenda, dando de paso una cuchillada al remiso.

Luego introdujeron diligencia y pasajeros á un bosque cercano, donde estaban más de cincuenta arrieros atados á los árboles, y muchos burros, mulas y mercancías diseminados.

Cuando se trataba de atar á don Andrés, varios de los vaqueros de su rancho, que está inmediato al punto aquel, se presentaron haciendo fuego contra los bandidos; suelto el robado se pasó al lado de su gente, y después de haber matado á tres ó cuatro ladrones, quedaron dueños del campo y libertaron, no sólo á los infelices que habían visto primeramente, sino á otros que estaban en lo alto de un monte y que hacía cuatro días no probaban bocado.

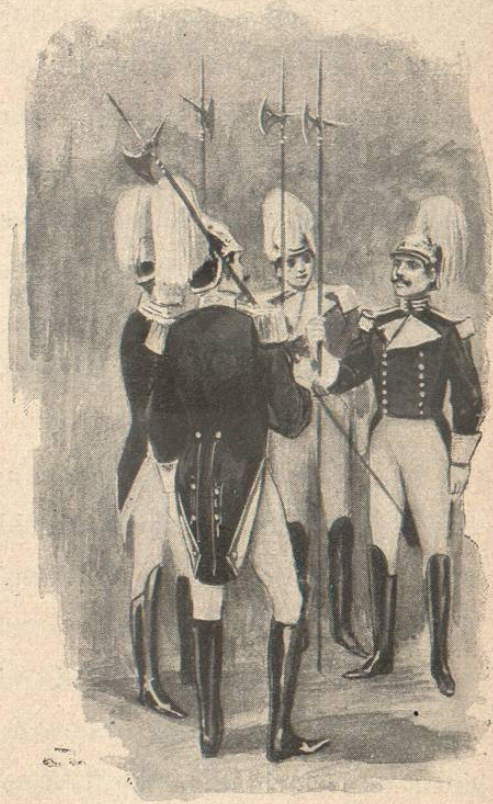
El caso ha sido muy comentado y alabado; pero yo sólo veo en él una transgresión flagrante de las disposiciones legales. Si está prohibido por el superior decreto que los particulares tengan pólvora y armas, ¿cómo las traían el Téllez y sus vaqueros? Esto amerita una averiguación de parte del comandante del departamento.



Luego introdujeron diligencia y pasajeros á un bosque...

También se ha dicho que en Río Frío campa por sus respetos una gavilla como de cincuenta pícaros que traen uniforme militar, aunque desgarrado, y que al parecer son antiguos soldados que se acaban de desertar, por la frívola é insignificante razón de que no les dan prest, vestuario ni rancho.

Mal síntoma, pues si no se pelea y sirve sólo por el honor, todo tiene que ir abajo. Decir como los mercenarios, que si hay dinero hay suizo y si no, no lo hay, es dar muestra de una pequeñez de miras deplorable. El soldado mexicano no necesita de la paga para pelear, y el vil interés no lo ha movido nunca.



*La misma fecha.* Al fin se ha resuelto la creación de un cuerpo escogido que se denominará *Lanceros de la Guardia de los supremos poderes*. Los soldados vestirán lujosos uniformes de paño blanco y rojo, grandes y relucientes

cascos á la prusiana, lloronas de seda y botas federicas. Tendrán muchos y muy brillantes botones; montarán excelentes caballos y ganarán mejores sueldos.

Algunos descontentadizos, que critican todo lo que no saben, han extendido la especie de que se debía pagar á los empleados las catorce quincenas que se les adeudan, y no meterse á vestir soldadillos de relumbrón; pero esas son voces de ignorantes y gente sospechosa que se figura que S. E. puede salir á la calle con el acompañamiento que salían los pobretones Herrera y Arista. Algo va de Pedro á Pedro, y un hombre como nuestro Presidente tiene muy buen derecho á hacerse acompañar por gente que corresponda á su categoría.

*26 de Mayo.* Hoy empezaron las famosas fiestas en San Agustín de las Cuevas, pueblo que el traidor Zavala rebautizó con el nombre de Tlálpam, que tuvo en tiempo de la gentilidad.

Mucho se había disputado si habría ó no partidas este año, pues algunos timoratos habían intrigado cerca de la superioridad, á fin de que el juego no se consintiera; circularon órdenes terminantes de los ministerios de justicia y hacienda, de la comandancia militar y de otras oficinas, amenazando nada menos que con la destitución á los empleados que infringieran la orden; y he aquí que llega la pascua de Pentecostés, que empie-

zan las fiestas y que lo primero que se ve en todos los lugares de juego es á los empleados.

Las partidas estaban para causar placer: en una, la mayor, había como diez mil onzas; otras había con dos ó tres mil; algunas con pesos duros que tentaban á los tahures de poca ropa, y por último otras que tenían tan sólo cantidades cortas y donde los pobres dejaban sus reales.

Yo, mediante seis pesos, conseguí en una pensión un caballejo en que trasladarme á la villa-alegría. Los guayines, los simones, las tartanas y hasta los simples carros caminaban apretados de gentes de todas castas y categorías; innumerables concurrentes iban á caballo ó en burro, y á pie toda la gente del pueblo.

En las *Fuentes*, en el *Calvario*, en todas y en cada una de las empinadas calles de San Agustín, se veían gentes en cantidad incalculable; y todos, chicos y grandes, mujeres y hombres, jugaban sus alburitos de interés, ya solos, ya haciendo vacas y combinaciones.

A las once de la mañana se presentó S. E. vistiendo holgada levita de paño azul con botón de oro, pantalón con cabezas de venado dibujadas, sombrero blando y en la mano un fuetecillo de junco.

Se sentó en la partida más famosa, y á su vista los jugadores se sintieron cohibidos y como avergonzados; pero el señor General, con un gesto muy noble y corte-

sano, invitó á quedarse á todo el mundo. Sacó de una talega que conducía su ayudante Grimarest como quinientas onzas, y mandó tender un albur.

Que por cierto era primoroso: dos de oros y tres de bastos. S. E. puso sus quinientas onzas al tres, y tomando la baraja que le tendía el montero, empezó á correr el albur con toda calma, sin que se le notara siquiera la contracción de un músculo de su rostro noble y arrogante.

Salió primero una sota, y como no falta nunca el axioma de *patas de sota, dos seguro*, á las tres cartas apareció la contraria á la que convenía al jefe supremo de la República. Sonrió el benemérito de la patria, dejó los naipes con toda urbanidad, quitó la ceniza al cigarro que fumaba, se hizo á un lado para que no se le ensuciara el traje y se quedó impávido viendo jugar. Al fin se despidió entre las aclamaciones de los concurrentes y los merecidos elogios por su serenidad.

Poco después vi al coronel Stávoli perder de un bote y casi con la misma gracia, novecientas setenta onzas que había ganado.

Pero si la suerte no favoreció al señor Santa Anna en la partida, en los gallos le ayudó muchísimo. Cuando llegó el señor General se anunciaba una famosa pelea de dos *mochilleres careados á la balanza*. Los sostenedores eran San Agustín y San Angel contra México y Tacubaya.

Soltaron los *amarradores* á los dos gallos que habían de

luchar, uno *búlque*, cresta blanca, de mucho brío y poder; otro negro, chiquitín, casi rabón. Luego que el señor don Antonio, con ese ojo maravilloso que posee, empezó á apostar al gallo prieto, la balanza se inclinó resueltamente de ese lado. Los corredores iban por gradas y sillas gritando á voz en cuello:

— ¿Quién quiere á seis al *búlque*?

— ¿Quién quiere á cuatro al negro?

— Ya va teniendo más San Agustín.

— ¿Quién quiere México? ¿quién quiere México?

— Ya tuvo más Tacubaya.

— Ya tuvo más el asiento.

— ¿Quién quiere á siete al negro?

— ¿Quién quiere á diez al negro?

Luego el pregonero dijo á gritos:

— ¡Silencio, señores! Dice don Jesús Ortiz, de Tizapán, que tiene un gallito moro que ofrece á las órdenes de los señores jugadores, por si alguno quiere concertar con él siete peleas.

Otras veces los retos eran personales.

— Señor don Macedonio Ramos, de Tlálpam: dice don Juan Arrijoja, de Texcoco, que si su mercé es servido de jugar una pelea con gallos que elija, de quinientos pesos y quinientos reales, *dando, recibiendo y capote*.

Y como el retado respondiera negativamente, gritaba el heraldo:

— Dice que no con capote, porque tiene calor; que si su mercé quiere, ha de ser libre.

Sonaba luego la música, las cantadoras entonaban alguna cancioncilla de su repertorio y nuevamente se oía la voz del gritón:

— En cuarenta pesos y con cuarenta números se rifa esta pistola de Colts; es fina y no *chinampa*.

— Van en cuarenta pesos estas enaguas adornadas con *relindos* de nueva invención, y que han sido bordadas por unas niñas huérfanas.

— No más apuestas. Cierren la puerta; á ver si se hace la *chica*.

«Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas con que los dos valerosos y enojados combatientes parecían amenazar al cielo, á la tierra y al abismo», se les dió suelta por los *amarradores* en medio de la estupefacción de tirios y troyanos.

Cacareó el gallo negro, miró el búlique á su derredor con orgullo y vanidad infinitos, y lanzó, como llamamiento al combate, un canto marcial que equivalía al *desperta ferro* medioeval. Uno y otro enemigos siguieron paseándose por la pista como si tal cosa, y al fin, tomándolos de nuevo los *amarradores*, les arrancaron unas cuantas plumas del cuello y los arrojaron uno sobre otro.

Transcurrió un momento de suprema angustia, y al fin se oyó un aletazo, luego otro y tras éste una serie de

navajazos. La sangre corría, corría en abundancia empapando el suelo en que se asentaban los pequeños peleantes, salpicando á los victimarios y poniendo rojas veneras en el pecho de los gallos.

El negro era el más ofendido: tenía herido el pie de la navaja, destrozados el pecho y las alas; hecha pedazos la cresta y perdidos los ojos en fuerza de los picotazos.

Jadeante, *asesando*, vencido, regaba la arena con su licor vital; pero no bajaba la cabeza.

El contrario pasó, volvió á pasar, lanzó un canto de victoria y se acercó al prieto para rematarlo. Entonces el caído hizo un esfuerzo supremo, se levantó sobre la pata sana, enarboló la herida, irguió más la cabeza y por medio de un movimiento febril clavó la navaja en el corazón del triunfador, que cayó redondo como de rayo; había recibido *mocita*.

— Está muerto, gritaban los enemigos.

— Está vivo, decían sus partidarios.

— No sólo el que corre pierde, también el que clava el pico.

— Es que está firme y en la raya.

— Masquen pluma, partidarios, masquen pluma, gritaba un chusco.

Los circunstantes se manifestaron encantados con el éxito del encuentro, y dominando todo la voz del pregonero, se oyó el:

— Abran la puerta; se hizo la *grande*.

S. E. recogió esa y las demás apuestas, pues no llegó á errar un golpe; pero el dinero no lo guardó, sino que generosamente lo arrojó á las cantadoras, al gritón y á unos danzantes con traje de lentejuelas y colorines que salieron al acabarse la función.

28 de Mayo. Por extraordinario se ha sabido que unos guardias nacionales que trataban de desobedecer á las órdenes que para su desarme y refundición en los cuerpos dictó el señor Comandante Militar de Veracruz, fueron sujetos, fusilándose á unos cuantos que acaudillaron el movimiento.

Esto ha bastado para que los tontos del *Siglo XIX* sostengan que el gobierno debe perdonar á los promotores de la asonada, que eran unos grandísimos infelices. Yo no estoy por esas blanduras de los sensibleros, ni lo está tampoco *El Universal*, periódico del señor Santa Anna, que ha demostrado al *Siglo*, por á más be, que perdonar á esos bribones sería tanto como sentar un precedente desastroso. Replicó *El Siglo*, duplicó su contrario, se dijeron unos y otros diaristas unas cuantas frescas y se acabó, como era razón, porque el licenciado Zaldívar, fiscal de imprenta, declarara sediciosos los artículos del diario federalista é impusiera una multa de cien pesos.

Yo aplaudo la medida, salvo que la corrección me

parece muy leve, pues para tales protervos debía haber castigos mucho mayores.

Habían de tomar experiencia estas gentes, pues saben que en el paternal gobierno que nos rige, así como hay multas y prisiones para los rebeldes, hay premios para los buenos. Testigo de ello el licenciado Aguilar y Marrocho, que de simple escritor de *El Universal*, criado á los pechos de Rafael, va que vuela para ministro y aseguran que le darán la primera cartera vacante.

29 de Mayo. Me tocó llevar un cirio en la devota procesión que acompañó al viático para el señor Alamán, ministro de Relaciones. El gentío era grande, la consternación inmensa, los comentarios variadísimos.

Parece que hace tres días comenzó el grande hombre á sentirse mal: le picaba continuamente un dolorcito en el lado del bazo, tenía esputos sanguíneos y calentura. Su médico, el doctor Carpio, le ordenó meterse en cama y le recetó algunos derivativos sin resultado.

Dicen que su mal le vino á consecuencia de la terrible labor que se ha impuesto en estos últimos días á fin de cimentar la nueva administración. Según afirmaba un caballero á quien no conocí, días antes de caer en cama afeaban al señor don Lucas que se dedicara al trabajo con tamaño tesón, y él respondió tranquilo: *Sé que me voy á morir pronto; pero el tiempo es precioso*

y no hay que perderlo; estoy decidido á consagrar á mi patria mis últimos dias. ¡Qué hombre, qué hombre! ¡No tuviéramos muchos así!

Recibió el viático con grandes extremos de devo-



D. LUCAS ALAMÁN

ción, é incorporándose en la cama dijo golpeándose el pecho al ver al Divinísimo: *Domine, non suum dignus ut intres sub tectum meum.* Tenía la voz tan entera y firme como cuando en la Cámara se burlaba de los pobres liberales y decía en un arranque de franqueza: *Dejémosles á los Estados sus congresitos y sus farsas de soberanía, y quitémosles sus dinerillos. ¡A los cascós, á los cascós!*

2 de Junio. Ayer, á las dos y media de la madrugada, falleció el sabio señor Alamán. El mismo día, á las cuatro, salió la comitiva de la casa del finado y se encaminó á la iglesia del Hospital de Jesús. Vi allí á muchas personas principales, entre otras los señores ministros de Gobernación y Justicia, y todos los oficiales del Estado Mayor de S. E.

A las nueve de la mañana de hoy fueron las exequias, sepultándose el cadáver en el altar mayor del lado de la epístola, mientras se levanta el monumento que el país no dejará de dedicar á tan distinguido varón.

Al salir pude escuchar algo que dijo un señor Consejero de Estado al subir á su coche:

— ¡Qué suerte tiene el señor Santa Anna! No hay como él para que lo favorezca la casualidad llevándose á sus enemigos y á sus amigos.

¡Vaya una manera de opinar y de expresarse! (dispense S. S. que lo diga). Como si la muerte de un hombre de la talla de don Lucas pudiera servir de motivo de alegría á nadie. Decididamente se calumnia al señor General.

6 de Junio. Ya tiene sucesor el señor Alamán, y lo es nada menos que el señor don Manuel Díez de Bonilla, sabio y diplomático insigne, que ha dado más de una muestra de sus inmensos talentos.

No ha escrito como el finado ninguna obra en muchos tomos, llena de citas y de erudición; pero ha publicado un libro que por sí solo le ha dado fama universal. Me refiero á su *Manual de urbanidad y buenas maneras, con un apéndice en que se contienen reglas precisas para poner y servir una mesa y trinchar piezas difíciles*, que ha llamado la atención de todos los sabios.